

cho; pero tambien tiene la consigna de echar á andar á las doce, y la jóven enferma no ha venido.

Apeándose entonces del pescante, se acerca al café en busca del patron que le ha alquilado y pagado adelantado; pero M. Gigant, al ver que todo estaba en regla, se habia marchado y no estaba en el café.

— ¡Bah! se dijo el cochero, habrán quizás cambiado de parecer; en todo caso, me voy á conducir á la señora vieja.

Y, sacudiendo á su caballo un vigoroso latigazo, se echó á andar á buen paso hácia la calle de Montmartre.

Son cerca de las doce y cuarto, y madama Gosse ronca de lo lindo en el fondo del coche y sueña que su « lobo querido », el buen Gosse, se arroja á sus piés para rogarle que no se marche.

Y era el caso que, en aquel mismo momento, el buen « lobo querido » se estaba regalando lo mejor que podia en una cervecería que le era particularmente conocida, y con su sombrero echado sobre la oreja á lo calavera:

— ¡Al diablo con el agua azucarada! exclamaba. ¡Viva la espuma!

En el rincón mas oscuro del cuarto bajo ó sótano del café de los Bandidos, y en la misma mesa en que hace algunas horas hemos visto sentado en compañía de Jacquemin y de M. Gigant al señor Chinela, se halla ahora este pobre diablo, pero solo.

¡Oh! si uno de esos curiosos que solian venir de vez en cuando á este café, cuya reputacion siniestra le daba una importancia tan poco merecida, solo con el objeto de encontrar en él algunos de esos tipos raros; si hubiese venido aquella noche, al ver á Chinela habria creido verdaderamente tener en frente de sí á alguno de los héroes de esos dramas tenebrosos cuyo desenlace y fin hallamos todos los dias en la *Gaceta de los Tribunales*.

Pálido como la muerte, dominado por el terror, Chinela se enjugaba su rostro con el revés de la mano, y vaciaba sin interrupcion, copa á copa y trago sobre trago, el frasco de aguardiente que tenia delante.

Todavía resonaba en sus oídos el chillido salvaje, el grito casi humano que habia dado Mistigris cuando lo arrojó contra el suelo y le aplastó con su zapato.

Todavía oia la voz ahogada de la Pippione que gritaba ¡Socorro! ¡socorro!

Se acordaba que aquella débil voz se habia extinguido casi de repente, ¿por qué?

A pesar de su embriaguez, Chinela se recordaba que, dominado por una cólera furiosa, habia comprimido un cuello... sofocado unos gritos... ¡Oh! ¿si habria muerto á la Pippione? ¡la habia apretado la garganta con tanta violencia, y la pobre estaba tan débil!...

Pero, para asegurarse de esto y saber á qué atenerse, era preciso volver á subir al cuarto, y el miserable no se atrevia á hacerlo.

## VII

¡POBRE PIPPIONE!

En aquella hora, la casa de la calle de Rambuteau está oscura y silenciosa; oscura enteramente, no, porque todavia se distingue una luz en la parte mas alta de la fachada, en una de las ventanas de las bohardillas.

Esta luz alumbraba el reducido tabuco de José, su refugio, su lugar privilegiado, el sitio á donde se retira en sus horas de cansancio y de duda para entregarse á sí mismo y volver á ser durante esas cuantas horas el José de otro tiempo.

En este zaquizamí no hay ni sombra del lujo que se ostenta en su cuarto de la Chaussée-d'Antin: aqui no hay mas que una camita de hierro, un arca larga de madera blanca para guardar los vestidos, y un cinto de cuero, único recuerdo que le queda de Biassou.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, de pié, inmóvil y con los ojos fijos sobre aquel cinto, reflexiona y medita en aquel momento.

¡Ah! José, ahora eres rico, poderoso; pero, ¿cuánto mas feliz no eras antes cuando siendo jóven y pobre no te habias impuesto esa ruda y pesada tarea de trabajar hasta obtener la rehabilitacion del nombre de Rancogne? — Verdaderamente esto es un sueño. ¿No era ayer todavia, cuando, con ese cinto ceñido al rededor de tu cintura, marchabas valerosamente en busca del tesoro? ¿No era ayer cuando, el viejo mendigo, exaltado por la calentura, dominado por el delirio, exclamaba en los momentos de su agonía:

— ¿Me crees, me crees? ¡Rancogne, Rancogne está salvado!

¡Ah! no era ayer, no; bastantes semanas, bastantes meses, bastantes años han trascurrido desde aquel memorable dia, y tú no te hallas, todavia, sino al principio de tu obra.

Después de haber encontrado los millones; después de haber arrancado á Elena de la tumba de su infamia; después de haberte transformado tú mismo, de jóven ignorante y pobre que eras, en un cumplido caballero; después de haber pasado largas noches inclinado sobre los libros para aprender lo que ignorabas; después de haber consumido muchos dias en los ardientes y vigorosos trabajos que exige el desempeño de los múltiples papeles que tienes que representar, ¿qué es lo que has conseguido, pobre José? Tú no amas sino á dos solos seres en el mundo: á Elena y á Cipriana. A Elena, no le has podido devolver su hija, quizás muerta! ¡Ah! y á Cipriana, dudas todavia que se la pueda librar de contraer ese odioso casamiento á que se la destina.

¡Oh! con qué gran voluntad darías tu sangre, tu vida,



El último amigo de la Pippione.

todo; hasta tu honor — ese honor cuyo precio comprende tu espíritu ensanchado é ilustrado — por volver á ver de nuevo iluminado el semblante de Elena con la dulce y encantadora sonrisa de otro tiempo; por que Cipriana, alargando su blanca y linda mano, te dijese:

— ¡Gracias, hermano mio!

Y ¿cuántas otras tareas que cumplir todavia, impuestas por el voto generoso, el voto insensato de la señora de Monte-Cristo!

Salvar á Ursula de las asechanzas de Gigant, volver á hacer entrar á Jacquemin en el buen camino; hacerlos dichosos al uno por el otro y consolar por este medio á Nini Moustache y á madama Jacquemin.

Arrancar á la condesa de Puysaie de su desesperacion.

Devolver á Liliás su posicion en el mundo; libertar á Cipriana, ¿qué se yo? Pensar en la dicha de todos y no reservarse un solo minuto para la suya propia, y siempre,

siempre sacrificarse por los demas, y, ¿quién sabe? tal vez inútilmente. ¡Ah!

¿Por qué hay malvados en el mundo? Esta obra seria tan dulce al alma si, para asegurar la paz y la salvacion del nido, no fuera necesario el aplastar la vibora. — ¡qué de víboras hay que aplastar en el camino!...

¡M. Gigant, el doctor Toinon, el coronel Fritz, Matifay, todos ellos ricos, fuertes, dispuestos á morder, todos condenados á perecer por la inexorable justicia de la señora de Monte-Cristo!

Así estaba pensando tristemente José; pero, de repente, sus ojos errantes se fijan sobre otra reliquia: sobre una rosa, una linda rosa-pompon colocada en el marco del espejo, y, echándose hácia atrás sus cabellos, reanimado y lleno de fuerza de voluntad, exclama:

— ¡Vamos! es preciso, puesto que solamente por la pérdida de estos hombres puede ella salvarse; nada de des-

fallecimiento, nada de indolencia, nada de espera: ¡manos á la obra!

Se despojó de su blusa rápidamente, y, en frente de un espejito de quince sueldos, se vistió de punta en blanco: pantalon de casimir negro, chaleco blanco, camisa de fina batista bordada, frac en cuyo costado izquierdo brillaban varias condecoraciones, nada falta; luego, ensordeciendo su paso, entreabre la puerta de la escalera y se dispone á hablarla.

Su trasformacion es completa. No es ya José, es el rico M. José de la Cruz.

Pero en la meseta se detiene y escucha.

Al otro lado del tabique de los Chinela, se oye un murmullo confuso, una especie de melopea extraña y doliente.

Y el bello rostro grave de José se pone súbitamente triste, y murmura:

— Pobre Pippione, ya iba á olvidarme de ella, ahora que ya no tiene á su lado á Ursula.

Volvió á entrar vivamente en su cuarto, encendió de nuevo la bugía y dió dos golpes discretos en la puerta de Chinela.

Nadie respondió.

Entonces abrió de par en par la puerta, que no estaba cerrada sino con picaporte, y hé aquí lo que vió:

Las sillas todas caídas por el suelo, la lámpara hecha pedazos en un rincón, la cama deshecha.

José sintió resbalar su bota en el pavimento. Miró: era sangre.

Sangre por todas partes, en el respaldo de las sillas, en las paredes, en las sábanas; en medio del cuarto, la servilleta que había servido para la cena de Ursula, había sido arrojada como un trapo viejo, y también estaba llena de sangre.

La cama estaba vacía, y en el rincón mas oscuro del cuarto, oculta, acurrucada detrás de las mamparas del teatrillo de Polichinela, José divisó á Pippione.

Mirábale con ojos atónitos y huraños, y, al oírle entrar, había interrumpido esa canción singular que se parecía á un lamento.

Tenia entre sus brazos un objeto confuso envuelto en un pedazo de cobertor, y lo mecía como lo hubiese hecho con un niño ó una muñeca.

José dió dos pasos hácia ella. Por de pronto, reculó; pero sin duda fué seducida por la mirada compasiva del recién venido, pues casi en seguida, con una de sus manos separó de su cara sus largos cabellos desmelenados para mirarle mejor y sonreírle.

— Vamos, mi querida Pippione, le dijo con su voz mas cariñosa y apacible, es menester que seáis juiciosa y que volváis á meteros en la cama.

La chiquita no respondió, solamente si se mostró aun mas asombrada al oír pronunciar su nombre.

— ¿Qué teneis ahí? continuó José dando un paso mas hácia ella y alargando su mano para tomar el paquete que estrechaba contra su pecho.

Estrechándolo aun mas fuertemente, se puso á derramar lágrimas, y le contestó:

— Es Mistigris, mi pobre Mistigris.

Parecia haber olvidado la presencia de José, pues volviendo á continuar esa lenta melopea que él habia oído á través de la puerta, mecía al animal, cuya cabeza destrozada y patas sangrientas pendían lamentablemente.

— ¡Duerme, Mistigris, mi pobre Mistigris, duerme!

Y de nuevo comenzó á sollozar.

— Me lo ha matado, señor, el malvado me lo ha muerto. Se ha llevado á Ursula y ha matado á Mistigris. — ¡Oh! un día ú otro me matará también á mí, bien seguro.

José se puso á reflexionar como si tratase de tomar una resolución repentina.

— No, Pippione, le dijo, no os matará si quereis venir conmigo.

— ¿Con vos? preguntó fijando sus grandes ojos claros en el franco y generoso rostro de José, y ¿á dónde me conduciréis?

— Al lado de una persona que os ama sin conoceros, replicó José; al lado de una persona que ama también á vuestra buena amiga Ursula, y á quien Ursula venera.

— ¿Y yo veré á Ursula? preguntó la pobre niña con desconfianza.

José inclinó suavemente la cabeza.

La Pippione se habia puesto de pié, pero miró á su gato que yacía sobre el pavimento.

— ¿Y Mistigris? dijo con tristeza.

José no pudo menos de sonreírse en medio de la lástima que le inspiraba este espectáculo desgarrador.

— También llevaremos á Mistigris, si quereis, dijo.

— ¡Oh! entonces, exclamó la chiquita saltando en medio del cuarto y golpeando el suelo con sus piés desnudos, en seguida, si lo teneis á bien, señor.

— Pero así, no, dijo José. Es menester que os vistais.

Entonces, por primera vez, notó que estaba casi desnuda. Dirigió una larga mirada á José, una verdadera mirada de mujer, y ocultó entre sus manos su cara encendida como una grana.

— ¡Vamos, vestíos pronto! dijo José, que no vió ó no comprendió esa mirada.

— Sí, señor, dijo tímidamente la Pippione descolgando sus miserables sayas de italiana.

— Y, continuó José, á quien la turbacion de la niña comenzaba á turbarle á él también para que sintiera la necesidad de hablar para no decir nada... ¿y no tendreis miedo de mí, Pippione?...

— ¡Oh! no, exclamó con un estremecimiento que sacudió su cuerpo como un viento de borrasca; jamás he visto rostro tan bello como el vuestro, jamás me han hablado como vos me habláis... Vos sois bueno y yo os amo.

## VIII

## LO QUE PASABA EN EL COCHE DE ALQUILER.

El coche rodaba. Tiempo hacia que ya no se columpiaba bruscamente en los empedrados de las calles interiores, y á través de los cristales del coche, Jacquemin podía divisar á la izquierda la larga línea negra de los muelles; á la derecha, las altas cimas de los árboles perflándose mas oscuras á través de los tintes pardos de la niebla.

¡Ningun ruido! de tiempo en tiempo el paso sonoro de un transeunte en las losas de la acera, y el rodar del coche sobre la tierra empapada, era todo lo que se oía.

El coche rodaba, rodaba. Con la cabeza pesada como en un sueño, intentando en balde coordinar sus ideas confusas, Luis estrechaba contra su pecho aquel cuerpo castamente envuelto, cuyo calor sentía escapar.

¿Si acaso se iba á morir? se decia; ¿si, para estar mas seguro de su sueño, se habria exagerado la dosis de narcótico? ¿si mañana, cuando despunte el alba, no fuese á encontrar mas que un cadáver á su lado?

Entonces, preocupado con esta horrorosa idea, rápidamente separaba los velos, los mantos, los pañuelos de seda, y aproximaba su mejilla ardiente á los labios de Ursula; y sintiendo en su rostro ardiendo pasar el sople fresco de la jóven, experimentaba al mismo tiempo cierta tranquilidad y sosiego, un no sé qué indefinible que le penetraba hasta el corazón.

No la habia visto. La luz amortiguada del reverbero, cuando la habia echado, como una masa inerte, en el fondo del coche, apenas le habia permitido distinguir una parte de su frente pura, y un rizo sedoso y luciente de sus cabellos. Sin embargo, él adivinaba que era hermosa, divinamente bella, y las palabras proféticas de José le volvian á la mente. ¿Quién sabe? esta noche quizás te devolverá á Celina. — ¡Celina! ¿era pues esta esa Celina prometida? y su brazo estrechaba convulsivamente contra su corazón el cuerpo helto que cedia.

¡Celina! — ¡oh! ¡cuántas veces habia soñado que la tenia así, estrechamente abrazada, adormecida y risueña! ¡Cuántas veces en esos ensueños benditos habia él permanecido acurrucado, inmóvil, sin respiro, temiendo despertarla ó hacer desvanecerse la ilusion.

Todavía hoy parecia que soñaba, y que era Celina, la misma Celina, por fin conquistada y enteramente suya; que la llevaba á un punto recóndito del mundo, donde nadie pudiera ir ya á arrebatársela.

El coche rodaba siempre. Ahora iba al paso y subía las colinas de Passy; luego giró á la izquierda y se metió en el bosque de Bolonia.

Ursula hizo un movimiento en su sueño y dió un largo suspiro; el instante del despertar se aproximaba.

Este movimiento y este suspiro hicieron que Luis Jacquemin apreciara mejor su situacion.

— ¿Qué voy yo á decirla, pensó, cuando se despierte y me interroge?

El coche habia atravesado el puente de Saint-Cloud, y escalando las ásperas pendientes de la antigua villa, ganaba la cresta del cerro abrupto que contornea en este sitio el Sena, ese cerro frondoso y florido que se enorgullece á su vez de estos villorrios encantadores: Bellevue, Louveciennes y Meudon.

El coche daba sobresaltos bruscos, al marchar por entre las alamedas muy descuidadas de un bosquecillo, y en cada uno de estos brincos, la cabeza rizada de Ursula venia á apoyarse suavemente sobre los hombros temblorosos de Jacquemin.

Y los rizos deshechos rozaban el cuello húmedo del jóven con tal dulzura, que podia tomarse este roce por una caricia voluntaria.

Cada vez mas frecuentes y presurosos, los suspiros levantaban el seno de Ursula y entreabrian sus labios sonrosados. Evidentemente, la hora del despertar no estaba lejána.

El dia nacia; penetraba pálido y empañado, hasta en el interior del coche, dejando ver por acá una parte de la mejilla blanca, por allá un rizo de ébano, un poco mas abajo, una mano delicada y fina que estrechaba convulsivamente la punta de una capa. Jacquemin tenia muchos deseos de ver, pero no se atrevia.

No osaba descubrir el rostro, apartar la capa, violar el secreto de los velos.

Desprendió suavemente su brazo que rodeaba el talle de la jóven, y colocándola en un rincón del coche, se puso él en el rincón mas lejano para mirarla dormir.

Su sueño se hacia cada vez mas agitado y se poblaba de ensueños. Pronunció varios nombres: el de la Pippione, el de Cipriana, y, pero mas bajo, el de José, y sin embargo, la respiracion activa de su seno hacia palpitar vivamente los chales que la envolvian.

¡José!... ¿Por qué José ocupaba un lugar en su ensueño? ¿Había mentido pues José á Jacquemin? ¿Es que ella amaba á José? ¿Es que era José quien debia aprovecharse de este rapto?

Todas estas ideas cruzaron como un torbellino el cerebro de Luis. Todas estas cuestiones se plantearon al mismo tiempo en su mente. Todos los impulsos malos, violentos ó pervertidos de su naturaleza se despertaron á la par. Los celos retorcian su corazón, mordían sus entrañas y trastornaban su sangre. Durante un segundo, hubiera querido tener á José allí, en el rincón del coche, para ahogarle y vengarse.

Para vengarse, si, pues la ilusion, la alucinacion (llamada como queráis á este fenómeno singular) le dominaba cada vez mas. La forma oscura, recostada en la banqueta, rozando sus rodillas con sus piés, embriagándole con el suave